

CARRILERO DE LA MANCHA

Así es La Mancha. Como Carrilero la pinta.

La ventana abierta para que la vista vea; el muchacho instalado en la butaca; los lirios, la amapola; el bodegón con el puchero, la cesta de frutas, la damajuana...

Sopla el viento y mil, verdes brotan de la hierba de su paleta.

Todo es motivo más que suficiente para que el pintor deje a su arte salir por el pincel.

No hace falta más: cualquier cosa ahí delante y alguien que nos lo queira enseñar, antes de que sea de noche, de que llegue el otoño, de que se cierre la ventana por la lluvia.

Carrilero tiene en sus manos el artificio que le hace pintar, por eso es pintor. No importa nada más. Y lo hace con trabajo, eso no puede faltar, porque la mano tiene que moverse, pero esto es bien poco.

Todo viene cuando un buen día cogió el lápiz y un papel y la mano se dejó guiar por su ir hacia ese milagro y quedó el dibujo, sin más que decir. No tiene explicación.

¿Cómo es una mujer bonita?

¿Cómo es un árbol frondoso?

¿Cómo es una flor, una flor?

Esa es la pintura, cuando es pintura. Cuando no es algo aprendido. Cuando llega sola a la mano, al pincel, a la tela. Como todo lo increíble, es muy fácil de explicar.

Luego está el trabajo, pero eso quizá deba ser igual; tiene poco interés. Quizá sirva para añadir un adjetivo, es un pintor realista, refleja en su paleta..., etc.

La pintura, en Carrilero como en todos los pintores que se deban llamar así, está en su interior; la tiene dentro. Y acaso hasta importe poco, aun que nos guste disfrutar con ella, que la suelte al exterior.

Y además tenemos la suerte, en esto Carrilero sólo tiene el mérito de ser de donde es, de poder ver en sus cuadros esos colores y esas formas manchegas, llenas de tierra y cielo y acaso algún vegetal.

Jorge Cela Trulock